



**LA NUEVA
AURORA DE CHILE**
¡LUCE BEET POPULOS. SOMINOS EXPELLAT, ET UMBRAS!

Número 62 - Invierno 2023



**Nuevo ANIVERSARIO del COMBATE
de La CONCEPCIÓN (1882)**

**Don IGNACIO CARRERA PINTO:
Digno nieto de ilustre abuelo**

Las CUATRO BANDERAS PATRIAS de CHILE

**Correspondencia entre MARCIAL PINTO AGÜERO
y doña EMILIA PINTO viuda de CARRERA**

**Las Campañas de LORD COCHRANE
(segunda parte y final)**

Gaceta digital LA NUEVA AURORA DE CHILE - INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Representante legal: José Miguel Alcalde Undurraga / Director: Alberto de la Carrera Díaz / Director Editorial: Cristian Salazar N.

Av. Francisco Bilbao 4509, La Reina, Santiago de Chile / josemiguelcarrera.cl / contacto@josemiguelcarrera.cl



institutojmcarrera



jcarreraverdugo



institutocarrera



José Miguel Carrera

Las opiniones vertidas en estos artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el parecer del Instituto de Investigaciones Históricas General José Miguel Carrera

EDITORIAL

CARRERA: CÓMO EJERCER LA AUTORIDAD SIN EXCESOS Y PENSANDO PRIMERO EN CHILE

Alberto de la Carrera

Director del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera

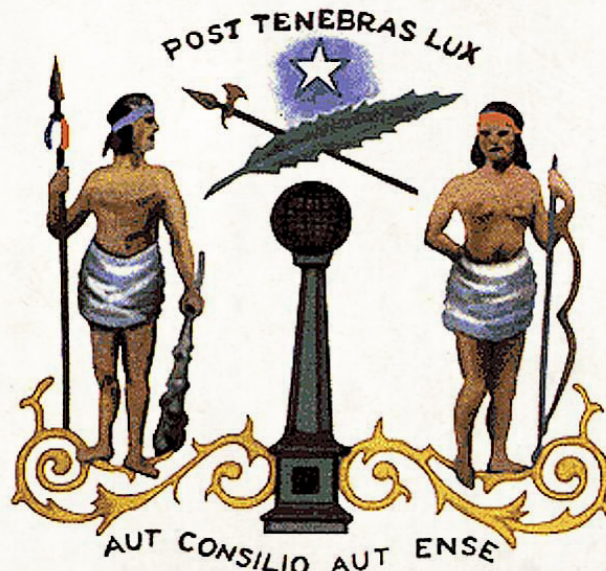
En nuestro Continente y en particular Chile, después de más de dos siglos de independencia y vida política autónoma, no se logran construir democracias sólidas, seguras, estables y un objetivo común compartido por todas las fuerzas políticas que las han dirigido por tanto tiempo. Cada sector pretende imponer sus ideas sin considerar o rechazando las de los adversarios, poco importan los problemas de la gente, a estos se les entregarán los beneficios según su modelo o plan de gobierno, sino es así, las iniciativas se postergan indefinidamente y cientos de proyectos yacen en algún armario olvidado del Congreso Nacional.

Esta falta de consideración por el adversario, el respeto a sus ideas, ha llevado al Continente de América Latina a grandes crisis políticas impidiendo su progreso y el bienestar de sus pueblos y en muchos casos a la pérdida de miles de vidas humanas, como por mencionar sólo nuestro país en 1891, la década de 1921 a 1932 y en 1973.

Que lástima que nuestros políticos no siguieran el ejemplo que dio Carrera frente a sus enconados adversarios a lo largo de su vida. Ser líder no significa imponer sus ideas a todo trance, no es mejor líder el que sólo se escucha asimismo y rechaza toda opinión contraria, ser líder es respetar al adversario, acogerlo en su derrota, convencerlo de sus errores y

recuperarlo para buscar un destino común, el diálogo, el entendimiento es lo único que hace grandes líderes y países fuertes y respetados.

Carrera tuvo la oportunidad de eliminar a todos los rivales que le traicionaron y que incluso atentaron contra su vida, sin embargo, en un gesto de nobleza reservada para los hombres grandes, supo perdonarlos en la derrota e intentar llevarlos por el camino de la reconciliación para que unidos lograsen un mejor destino para Chile y su gente.



Así fue. A tan sólo 12 días de haber asumido el poder aquel 27 de noviembre de 1811, fue descubierta una conspiración en su contra que pretendía asesinarlo, junto a su padre y sus hermanos. La consigna era hacer desaparecer a esta familia de revolucionarios de la esfera política chilena. Descubierta a tiempo, efectuado los sumarios de rigor en que se comprobó todos los hechos, y la participación del General Juan Mackenna como el cabecilla de la conspiración, Carrera teniendo todo el poder y el respaldo de una sentencia condenatoria, sólo los envía confinados a vivir con sus familias en sus haciendas.

Más tarde cuando Juan Martínez de Rozas, instigado por el sector político y social derrotado el 27

de noviembre, se subleva contra el poder central y avanza con el ejército del sur con el doble de contingente que el que tenía Carrera en Santiago, José Miguel, viendo que ese enfrentamiento destruiría definitivamente las posibilidades de consolidar el proceso de la independencia de Chile, envía como emisario plenipotenciario a Bernardo O'Higgins, a la sazón miembro suplente de la Junta que presidía Carrera y de la cual también formaba parte como titular Martínez de Rozas para producir un acuerdo que evitara el fatal encuentro, es sorprendido por un acto de traición de O'Higgins, que no sólo no logra ningún entendimiento, sino que se pasa al bando de Rozas y toma las armas contra Carrera.

Finalmente, Carrera personalmente asumo la responsabilidad de un hombre de estado y logra reunirse con Rozas a orillas del Río Maule, logrando un acuerdo que zanjó las diferencias. Carrera habiendo perdonado la irreflexión de Rozas, entra a Concepción siendo recibido con honores por la ciudadanía, que sabe reconocer en el liderazgo de Carrera la prudencia que se requiere en el ejercicio del mando.

Muchas son las ocasiones en que Carrera se enfrenta a acciones de traición, venganza y riesgo de su vida, como aquella en la que el Director Supremo Francisco de la Lastra, designado por sus enemigos políticos, le pone precio a su cabeza vivo o muerto por 12 mil pesos, ocurrido después del ignominioso Tratado de Lircay, que firmado por O'Higgins y Mackenna, devolviendo el Chile independiente sostenido por Carrera a los españoles. Esta traición contra Chile, era inaceptable para José Miguel y con la decisión de los grandes héroes dispuesto a morir antes que rendirse ante el enemigo, sale de su escondite de las serranías de El Monte, alza en armas al pueblo y destituye a De la Lastra. Con un acto de benevolencia que sorprende a todos, ni siquiera lo arresta, solamente le dice:

Dispongo que se vaya usted tranquilo a dormir con su buena señora.

Más tarde escribiría:

De nadie me vengo, ni a nadie hago mal a pesar del furioso rencor con que me han perseguido.

A pesar de los denodados esfuerzos, para lograr que O'Higgins reconociera a Carrera y al nuevo Gobierno, que ya gozaba con el beneplácito de todo el pueblo que rechazaba el deshonesto Tratado de Lircay y

veía en Carrera el único líder en quien confiar la revolución independentista, O'Higgins decide avanzar con sus tropas hacia la capital en contra de Carrera. Esta irresponsable actitud de O'Higgins permitió que a sus espaldas avanzara sin gastar una bala el ejército español.

Enfrentados Carrera y O'Higgins en el sector de Las Tres Acequias, a cuatro leguas de Santiago, fue derrotado por el Coronel Luis Carrera, hermano de José Miguel.

En aquella época los enemigos de guerra derrotados en el campo de batalla, eran tomados prisioneros o fusilados.

Carrera en un acto de magnanimidad increíble para esos tiempos, no sólo lo vuelve a perdonar, sino que además le representa la importancia que el pueblo los vea unidos y reconciliados para que este gesto permita reconstruir el ejército devastado por la imprudencia y torpeza de O'Higgins y lo invita a pasear juntos por la Alameda de Las Delicias en Santiago.

¡Que diferencia con lo sucedido con los hermanos Carrera cuando caen en desgracia!, los hermanos Juan José y Luis, fueron fusilados luego de juicios espurios con la aprobación de O'Higgins quien, en un acto de ensañamiento y que lo retrata de cuerpo entero, ordenó a su padre don Ignacio de la Carrera pagar los gastos de la ejecución de los hermanos. Igual aprobación tuvo el posterior fusilamiento de José Miguel. No sólo aprobó, justificó y financió estos asesinatos, sino que además condecoró y otorgó medallas de honor a sus ejecutores.

Lo que viene después será materia de otro artículo, nos interesa destacar que la patria grande, justa y progresiva, es aquella que se construye con hombres que saben dirigirla con prudencia, tolerancia y sabiduría, poniendo el interés de Chile por sobretodo. Carrera fue un hombre que se destacó como ninguno en este aspecto de su personalidad, no ganó en imponer este estilo de hacer gobierno tratando de convencer y no humillar al rival, pero a diferencias de aquellos que lo hicieron con crueldad y odio, estos han pasado al desprecio de la historia, mientras Carrera sin renunciar jamás a estos principios, goza hoy del reconocimiento de un pueblo que sabe reconocer en él al hombre que tanto en la victoria como en la derrota mantuvo sus principios y valores que lo han distinguido por generaciones.



CHILE HA TENIDO CUATRO BANDERAS NACIONALES

Eulogio Rojas Mery

Extracto de su artículo de publicado en revista "Patria Vieja", Año XI, N°13, 20 de noviembre de 1963

PRIMERA BANDERA (4 de Julio de 1812)

Hay consenso unánime de que ésta fue confeccionada por doña Javiera Carrera, y que fue presentada al público en las festividades de la celebración del aniversario de la Independencia de los Estados Unidos, el 4 de Julio de 1812.

Los respetables historiadores Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui y Vicente Pérez Rosales, entre otros, afirman que esa bandera tenía tres fajas horizontales con los colores azul, blanco y amarillo.

Esta bandera tuvo su consagración oficial en el Senado consulto de 1813 que dice: "En lugar de la bandera española que se ha usado hasta hoy, se substituirá el tricolor en la forma del modelo, que se ha puesto en Secretaría, que para los buques mercantes será sin escudo".

SEGUNDA BANDERA De Transición (Octubre de 1817)

Después de Chacabuco, en el afán de anular las obras patrióticas de Carrera, el nuevo Gobierno substituyó el

color amarillo de la bandera por el color rojo, en recuerdo de la sangre derramada en Rancagua. Nosotros aceptamos gustosos ese cambio, porque aquella sangre vertida en Rancagua fue sangre de los héroes del Ejército organizado por Carrera, del cual él era su General en Jefe.

Esta es la primera modificación en sus colores que tuvo la primera bandera, pues el hecho de que se le haya agregado la colocación de un escudo a las banderas de guerra no importa un cambio de la misma.

TERCERA BANDERA (18 de Febrero de 1826)

Como se hubieran producido numerosas reclamaciones sobre el uso de la segunda bandera, debido a que, por no estar determinadas sus dimensiones y la manera de su colocación al público, esa bandera azul, blanca y roja, si se colocaba en forma horizontal era igual a la bandera de Holanda; y si se la colocaba con sus franjas en sentido vertical, era igual a la bandera de Francia, ya se tratara de la bandera de guerra, con escudo, o de la destinada al uso de particulares, sin tal distintivo.

El Gobierno, para remediar esta situación irregular que

había sido reclamada por representantes de esas naciones, se vio obligado a cambiar el orden de esos colores y dictó el decreto del 18 de febrero de 1826 que dice:

1° El Pabellón Nacional de tres cuarteles, blanco, azul y encarnado, con la estrella blanca en el cuartel azul, sólo puede tremolarse en los ejércitos, plazas de armas, fortalezas y embarcaciones de guerra de la República.

2° Los buques mercantes e individuos particulares pueden usar en sus casas la bandera tricolor dividida en tres cuarteles, pero sin la estrella.

Fácil es comprender que, si no hubiera estado antes el color blanco al centro, no habría tenido para qué ordenar por este decreto que fuera reemplazado por el color azul en el centro de esa bandera. Anotaremos, además, que sólo con esta reforma aparece la estrella en nuestro Pabellón Nacional, y con el cambio de ubicación de los tres colores, quedó la estrella al centro de la bandera.

CUARTA Y ÚLTIMA BANDERA (4 de Julio de 1854)

Como siempre había desorden en el uso de nuestro emblema y tanto los particulares como las naves mercantes usaban indistintamente la antigua y la nueva bandera, sigue subsistiendo la similitud de la bandera azul, blanca y colorada con las banderas de Holanda y Francia. Por este motivo, el representante diplomático de Francia persistió en sus anteriores reclamaciones.

El Gobierno, comprendiendo los justificados motivos

aducidos por el representante de Francia, se vio obligado a hacer una nueva distribución de la forma y colores de nuestro emblema nacional, como se puede ver en el siguiente documento, que está inserto en el Tomo XXII del Boletín de las Leyes y Decretos con el N° 317:

En contestación a las diversas notas que V. S. me ha dirigido, con motivo del deseo manifestado por el señor Encargado de Negocios de Francia en este país, de obtener una declaración y diseño exacto del pabellón de la República de Chile, tengo orden de dar a V.S. la siguiente descripción y declaración de dicha bandera:

El Pabellón de Chile lo componen los tres colores, azul, blanco y rojo, combinados del modo siguiente: dos fajas horizontales dividen por mitad el ancho de la bandera, la faja inferior, roja, la superior, blanca, en los dos tercios de su vuelo y azul en su tercera parte inmediata a la vaina, con una estrella blanca de cinco picos en medio del cuadro azul. Las dimensiones de la bandera son: en la vaina, dos tercios de su vuelo. El Pabellón de Chile es uno y el mismo para las plazas, castillos, buques de guerra y mercantes. El estandarte del Estado lleva la adición del escudo de armas de la República colocado en la conjunción de los dos colores, blanco y rojo, hacia la medianía de la bandera. Dios guarde a V. S. Pedro Nolasco Vidal, al Comandante General de Marina.

El desconocimiento de estos hechos es resultante de la poca atención que, en Chile, se ha dado al educar a nuestra juventud en los verdaderos pormenores de nuestra historia patria.

Patria Vieja



DIGNO NIETO DE ILUSTRE ABUELO IGNACIO CARRERA PINTO

Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Extracto de su artículo de publicado en revista "Patria Vieja", Año XII N°14

Cien años después, aún resuena el grito de guerra del capitán Carrera Pinto en un escondido valle de las sierras incásicas. Con el cuartel del pueblo de La Concepción ardiendo por sus cuatro costados, y rodeado por fuerzas treinta veces superiores, decidió salir con sus chacabucanos para intentar, en desesperada carga a la bayoneta, romper el muro de mil quinientos indios que el coronel Juan Gastó había lanzado contra los setenta y siete defensores chilenos.

Pálido, desgredado y sin guerrera, con el brazo izquierdo colgando como un guñapo ensangrentado, cogía, sin embargo, con fiereza el sable en su mano derecha. Al contemplar el mar humano que les rodeaba, su rostro acusó la porfiada determinación de entregar la vida peleando.

— ¡A morir por la patria, soldados ¡a la carga!

Nieto del prócer don José Miguel Carrera, quedó huérfano de padre a la temprana edad de doce años, y tanto él como su hermano debieron ganar el

sustento. Criado en el campo, comenzó a los dieciocho el tráfico de vacunos que compraba en Mendoza para vender en Santiago, hasta que una rodada a caballo en plena cordillera le obligó a emplearse en la Intendencia. Mas la sangre bullente de su abuelo latía en sus venas y pronto se le vio correr, en brioso potro y sin montura, por los serpenteantes callejones de Peñaflor.



Al estallar la guerra se alistó en el Carampangue, que se transformó en el regimiento Esmeralda y luego tomó el nombre de Séptimo de Línea. Su comandante, el famoso "Manco Amengual", le ascendió a sargento y un año más tarde lucía las jinetas de subteniente. Poco después de la toma de Tacna, pasó al Chacabuco con el grado de teniente, quedando al mando de la 4a. compañía.

En aquellos años el ejército de Chile emprendía, por órdenes de la Moneda, la segunda incursión en la sierra, en una campaña que ni la ciencia militar ni las lecciones de la historia hacían aconsejable contra un enemigo invisible y eternamente prófugo.

El coronel Estanislao del Canto se había detenido a orillas del invadible río Pampas, cruzable sólo por el puente de Izcuchaca, y extendido sus batallones entre éste y la ciudad de Tacna, guarneciendo Jauja, Huancaayo y La Concepción. En esta última quedó la 4a. compañía del Chacabuco que comandaba el capitán Ignacio Carrera Pinto, con los subtenientes Arturo Pérez Canto, de diecinueve años; Julio Montt, de veinte; y Luis Cruz Martínez, de sólo dieciocho. Además de estos cuatro oficiales, la compañía contaba con setenta y tres soldados, y tres mujeres que se las habían arreglado para acompañar a sus hombres al teatro de la guerra.

El 9 de julio de 1882, Carrera ya sabía que sería atacado por las fuerzas del coronel Gastó, compuesta por 500 soldados de línea y más de 1.500 indios de Comas que formaban bandas irregulares. Sin embargo, consciente de que su posición permitiría el regreso del 20° de Línea que llevaba a los enfermos y heridos, decidió sostener el lugar a costa de su vida y la de sus hombres, que no dudaron un minuto en ofrecerla en holocausto de la patria. ¡Bien podrían llamarse estos chabucanos “Los Setenta y Siete de la Fama!”.

A las dos y media de la tarde, las fuerzas enemigas coronaron las alturas en cuyo fondo yace, como en una sepultura, el pueblito de La Concepción. Las hordas de indios se dejaron caer blandiendo lanzas y cachiporras y lanzando piedras enormes con sus hondas. Los defensores se parapetaron en los cuatro costados de la plaza y, gastando las escasas municiones con que contaban, comenzaron a formar montañas de indios muertos con los que avanzaban aullantes por las calles de acceso.

De pronto la acción se detuvo en un silencio sepulcral. Un jinete avanzó enarbolando la blanca bandera de parlamento. Traía un mensaje del coronel Gastó intimándole rendición o, en caso contrario, a sufrir el rigor de la guerra. Carrera contestó en la misma nota, escribiendo con un gastado lápiz, que corriendo por sus venas la sangre de don José Miguel Carrera y siendo chileno, no podía esperar que se intimidara ni por el número de sus tropas ni por las amenazas del rigor. Ahí quedó sellada la suerte de los setenta y siete.



Lima, Agosto 3 de 1882.

Señora Emilia Pinto v. de Carrera.- Santiago.

Respetable señora:

El 9 i 10 de Julio último, en el pueblo de la Concepcion, fué atacada i esterminada por el enemigo la 4ta. compañía del batallón Chacabuco, que tengo el honor de mandar i de la que era capitán su hijo Ignacio.

En ese hecho, que fué mui honroso para las armas de Chile, fué muerto el distinguido capitán Ignacio Carrera Pinto, después de haber luchado 19 horas con señalado heroísmo, probando con esto que era digno descendiente de sus gloriosos antepasados.

Al dar a Ud. esta sensible noticia, declaro a Ud., a nombre de mis compañeros i al mío propio, que nos asociamos a su pesar, lamentando la muerte de nuestro querido compañero de armas con el más tierno afecto, i asegurándole que la gloriosa muerte de Ignacio será siempre recordada en el Chacabuco con respetuoso cariño.

Con sentimientos de respeto i consideración, me suscribo de Ud., su atento servidor,

Marcial Pinto Agüero.

Santiago, Agosto 23 de 1882.

Señor Marcial Pinto Agüero.- Lima.

Distinguido señor:

He recibido la nota de Ud., fecha 3 del corriente, en la que me anuncia el fallecimiento de mi querido hijo Ignacio Carrera Pinto i el sentimiento que esta desgracia ha producido a Ud. i a sus compañeros de armas.

Ud., comprenderá el profundo pesar que me ha causado el martirio de mi hijo, i solo puede consolarme un tanto la idea de haber cumplido digna i valerosamente con sus deberes de soldado i de chileno, e imitado en su sacrificio el noble ejemplo que le legaron sus antepasados.

El tierno afecto con que lo recuerda Ud. i sus compañeros, aunque ha removido mi dolor, despierta en mi alma esa expansion tranquila que nace de la comunión de sentimientos, i estimula mi gratitud hacia Uds. que han querido también a mi hijo i me prometen conservar su memoria.

Con sentimientos de distinguida consideración, soi de Ud. i sus dignos compañeros atenta servidora.

Emilia Pinto v. de Carrera.

Nota: se conservó en la transcripción la gramática propia de la época.

9 y 10 DE JULIO DE 1882

EL COMBATE DE LA CONCEPCIÓN

José Miguel Carrasco Silva

Director del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera

Se van a cumplir 141 años de la gesta del Combate de la Concepción, capital de la provincia homónima del departamento de Junín, distante 22 kilómetros de la ciudad de Huancayo, en las serranías de los Andes Centrales del Perú.

Antecedentes previos:

Tras la ocupación militar de Lima, capital del Perú, el Gobierno chileno buscó terminar el conflicto bélico, pero aún se mantenía la resistencia peruana en la zona geográfica conocida como la Breña o la Sierra. Es así como una primera expedición, al mando del Coronel Ambrosio Letelier, buscó finiquitar cualquier resistencia armada, para lograr la rendición total de las fuerzas peruanas. Dicha expedición sólo logró mantener el control de la zona, sin lograr el resultado deseado.

El mando político y militar del Perú estaba a cargo del Vicealmirante y General de Brigada Patricio Lynch, quien restableció los servicios públicos y el normal funcionamiento logístico y administrativo de Lima y otras ciudades ocupadas, pero requería convencer a los peruanos disidentes de la necesidad de terminar las hostilidades y pactar un tratado de paz que asegurara, tanto a Chile y Perú, el resguardo de sus intereses nacionales.

Entretanto, en Santiago de Chile las autoridades de gobierno y el ámbito político daban por seguro que la victoria militar sobre las fuerzas peruanas había culminado con las batallas de Chorrillos y Miraflores, la destrucción de los ejérci-

tos enemigos y la consecuente conquista y ocupación de la capital. Esperaban ávidos la pronta firma de un tratado de paz que contemplara el dominio territorial para Chile de Tarapacá, Tacna y Arica.

Del mismo modo, se observa una disminución de la importancia de la guerra en el ámbito nacional. Existía mucho desconocimiento y una reticencia a reconocer y a aceptar que las desperdigadas fuerzas peruanas podían llegar a reorganizarse y seguir ofreciendo una resistencia cada vez más sostenida, al punto de desestabilizar a las tropas de ocupación. Advertencia desoída que un año antes había hecho el propio general Baquedano.

Finalmente, la autoridad político y militar chilena en Lima no logró nunca dimensionar la real situación de la División del Canto, impidiéndole adoptar decisiones que apoyaran su accionar militar.

Se erige en líder militar en la sierra el General Avelino Cáceres, quien logra aglutinar tropas regulares y también pobladores constituidos en montoneros, quienes conocían perfectamente la zona geográfica, así como también estaban acostumbrados a su clima riguroso. La Sierra peruana está distante de la costa, y sus altas



elevaciones y duro clima limitan el desarrollo de operaciones militares.

Sin lugar a dudas esta segunda campaña fue dificultosa, en especial por las enfermedades que hacían estragos entre las filas nacionales. Otro factor que limitaba sus movimientos era el de no contar con abastecimientos seguros, debiendo confiscar alimentos, agua y ganado por los poblados donde accionaban.

En síntesis, las acciones militares se circunscribieron a acciones denominadas de guerrillas, donde las fuerzas peruanas emboscaban a las tropas chilenas y las hostilizaban con ataques sorpresivos, empleando elementos improvisados como las galgas, grandes piedras llevadas al borde de cimas o caminos de tráfico frecuente, para arrojarlas de altas alturas a sus oponentes.

En este escenario de ataques y acciones guerrilleras por parte de las fuerzas peruanas, donde las tropas chilenas debían enfrentar, sortear e intentar aniquilar a estas fuerzas irregulares, es que se desarrolla este homérico combate.

Cáceres también había dado claras órdenes para que parte de sus tropas atacaran a la reducida guarnición chilena que protegía el puente de la Oroya. La idea era destruir dicho puente y cortar de este modo la única vía de retirada y junto con ello la posibilidad de

desprendimiento de la División chilena hacia Chila y luego Lima.

Si Cáceres tiene éxito y se cumple la idea de maniobra, la División del Canto se verá en serios problemas, quedando expuesta a una derrota militar con graves consecuencias para las fuerzas de ocupación chilena y para las expectativas de la firma de un próximo tratado de paz.

Felizmente, la disciplina, la moral, el mando de los oficiales y el elevado grado de preparación para el combate de la División del Canto logrará su objetivo de alcanzar Chilca con sus desgastadas tropas.

Mientras tanto, en estos agobiantes días y en forma creciente, las guerrillas enemigas dificultan y capturan los apoyos que provienen desde Lima, como si estuviesen al tanto de dichas actividades. De hecho, muchas órdenes secretas provenientes del mando militar chileno desde Lima, vía telegrama y en claro, son interceptadas por las unidades de Cáceres.

Mientras tanto, las fuerzas enemigas, con más movilidad y libertad de acción, se preparan para destruir todas las pequeñas guarniciones militares chilenas que han quedado en el camino, antes que las reincorpore el grueso de la División del Canto en su marcha de retirada. Una de ellas es el poblado de La Concepción, guarnecida por 77 efectivos del Batallón Chacabuco y que será próximamente atacada por fuerzas enemigas veinte veces superiores.

El Combate

La Concepción, en la época de la guerra, era poco más que un caserío levantado en las cercanías del río Mantaro. Sus construcciones se alzaban a los cuatro costados de un espacio despejado que venía a ser la plaza del lugar. Las casas del sector no pasaban de los dos pisos y daban directamente al espacio común. Por la parte de atrás, estas casas se pro-



longaban en diversas ranchas, corrales y huertas. La construcción más importante del pueblo era su iglesia, una construcción de adobe que ocupaba la esquina suroeste del cuadrilátero.

El combate enfrentó a un destacamento chileno de setenta y siete hombres, comandados por el teniente Ignacio Carrera Pinto, con tropas peruanas regulares y montoneros que sumaban más que 1.500 hombres, todos los cuales estaban al mando del coronel Gastó. Los setenta y siete combatientes chacabucanos eran acompañados por tres mujeres, una de las cuales estaba encinta y dio a luz durante las acciones. La lucha se extendió, con algunas interrupciones, por largas diecinueve horas de combate, que van desde las dos de la tarde del día 9 hasta las nueve de la mañana del día 10.

El aniquilamiento de todos los chilenos se produjo después de una persistente e inagotable resistencia en la que éstos, con una dotación mínima de munición que no sobrepasaba los 100 tiros por hombre, debieron disciplinar y racionar su consumo pese a los asaltos permanentes de un enemigo inmensamente superior.

La suerte corrida por estos héroes estuvo acompañada por una seguidilla de hechos que se fueron sumando uno a uno para hacer inevitable el desenlace. En primer término, el Coronel del Canto no quería apostar esta unidad en La Concepción, pues quedaba muy desprotegida y sin posibilidad alguna de explotar la zona, pero no tuvo otras opciones. Por otra parte, el grueso de la División expedicionaria chilena sufrió un cambio en la fecha de partida desde Huancayo, situado unos veinte kilómetros al sur de La Concepción. Se esperaba que partiera el día 9 de julio, pero lo hizo el 10, zanjándose con esto la suerte de los setenta y siete hombres (más las mujeres y los niños).

Así también, una unidad chilena apostada a cinco kilómetros de La Concepción, cuyos efectivos incluso escucharon los disparos, no accionaron en apoyo a la unidad cercada, dejando de concurrir al lugar. Este hecho, incidió en la aniquilación de los 77 chacabucanos. Finalmente, el mensaje que Ignacio Carrera Pinto envió con medios montados, solicitando ayuda, fue interceptado por las montoneras y asesinados los mensajeros.

La cuarta compañía del citado Regimiento N° 6 “Chacabuco” estaba al mando del Teniente Ignacio Carrera Pinto, nieto del General José Miguel Carrera, y es memorable su respuesta al jefe militar peruano que lo conmina a rendirse:

En la capital de Chile, y en uno de sus principales paseos públicos, existe inmortalizada por el bronce la estatua del prócer de nuestra independencia, General don José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas, por cuya razón comprenderá usted que ni como chileno, ni como descendiente de aquél, deben intimidarme ni el número de sus tropas ni las amenazas de rigor (SIC)

(Respuesta ante la intimidación de las fuerzas de coronel peruano Juan Gastó, el 9 de julio de 1882, durante el Combate de la Concepción).

Esta compañía inmortal sucumbe frente a fuerzas peruanas superiores, tanto regulares como irregulares, quienes luego de acribillarlos, someten a los cuerpos a terribles vejámenes y atrocidades.

Una síntesis de lo que fue este épico y desigual combate nos la entrega el historiador estadounidense William Sater:

[El día 9 de julio] unos trescientos soldados regulares más mil quinientos irregulares había atacado el pueblo [de Concepción]. Aunque superados en armas y en número, los chilenos, muchos de ellos enfermos de tifus, rehusaron rendirse. Por veinte horas los hombres de Carrera Pinto, algunos de ellos haciendo fuego desde los edificios que los peruanos incendiaban, pelearon hasta agotar sus municiones. Entonces calaron sus bayonetas y cargaron contra los peruanos por última vez. Ningún chileno sobrevivió. Los peruanos descuartizaron a los hombres de Carrera Pinto, a menudo ensartando partes del cuerpo, incluyendo cabezas cortadas, en sus lanzas como brochetas en un asador. Los no combatientes sufrieron un destino aún más aciago: los peruanos aparentemente arrastraron a las cantineras hacia el centro de la plaza, donde las desnudaron y las cortaron en pedazos. Lo mismo aconteció con los dos niños. Los peruanos llamaron retribución a la

masacre, porque, como [el general Andrés Avelino] Cáceres observara, “no hay crimen que [los chilenos] no hayan cometido”.

La campaña de la sierra fue la más larga y brutal de toda la guerra. Las fuerzas de ocupación debieron enfrentarse a un enemigo que carecía de una cabeza única, pues en Lima y otros lugares, los gobiernos más y también menos legítimos se desautorizaban unos a otros. Ello extendió el período de ocupación y engendró, al mismo tiempo, la organización de una resistencia que halló en la serranía cordillerana un espacio propicio para hostigar permanentemente a su enemigo.

Las víctimas del combate no solo fueron chilenos.

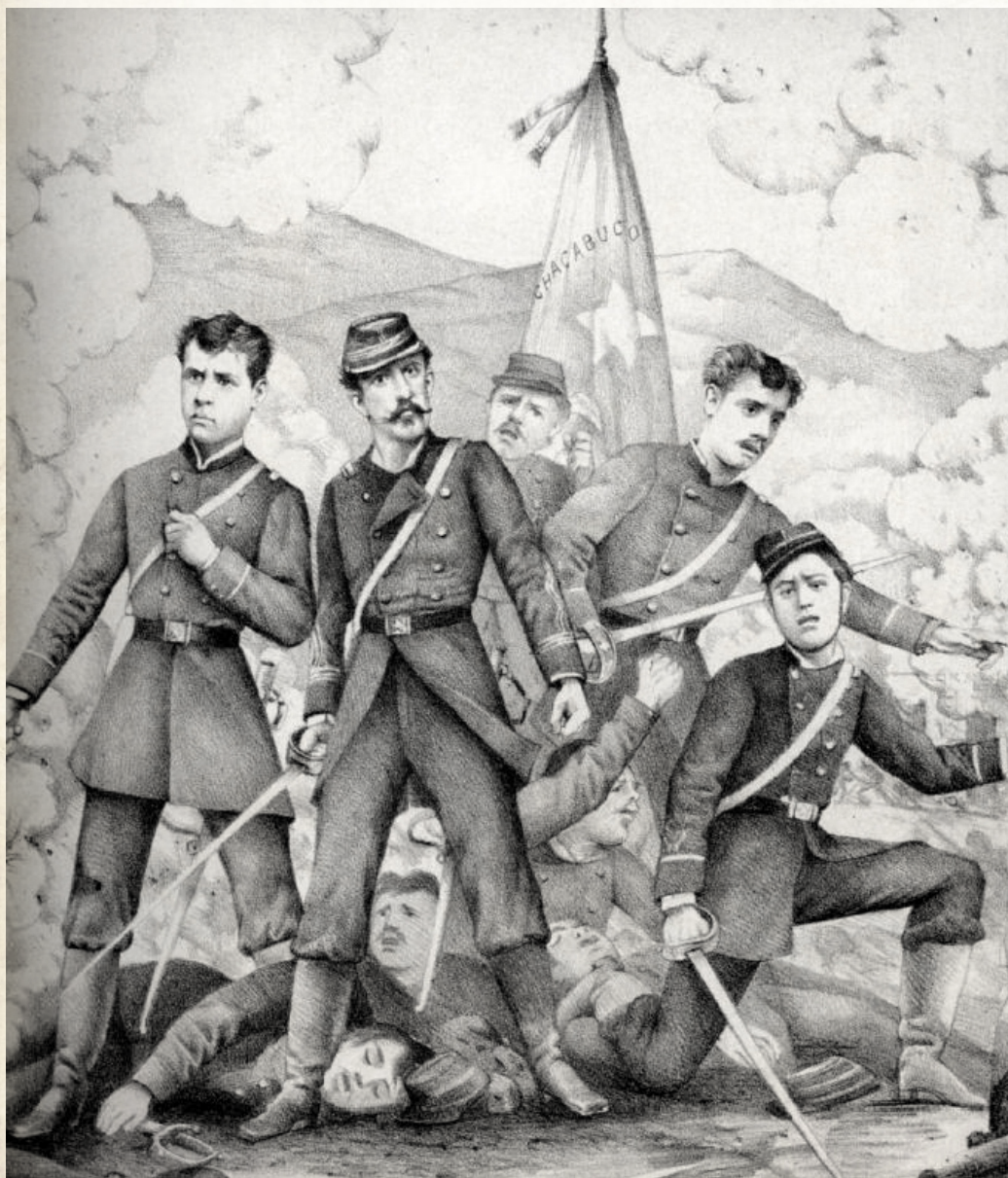
Cuando el Coronel del Canto llegó a La Concepción contó 280 muertos peruanos a manos de los 77 chacabucanos. Los heridos del enemigo que fueron muchos más, se desplazaron en la huida peruana.

El combate en sí mismo no influyó en el curso posterior de la campaña, pero vigorizó el orgullo de las tropas chilenas y la voluntad de vengar a los caídos, impulsando al mando expedicionario a buscar la derrota del general Cáceres. Lo que aconteció en la Batalla de Huamachuco el 10 de julio de 1883, es decir un año después.

En el tiempo este hecho de armas se ha convertido en un referente y faro de la conducta militar chilena, de no rendirse frente al enemigo y sucumbir de no lograr la victoria.

Las antiguas ordenanzas españolas contemplaban lo siguiente: “El Oficial que tenga la orden absoluta de conservar su puesto, a toda costa lo hará”. Principio de conducta que se mantiene vigente e inalterable en el reglamento de disciplina militar de las FF.AA. chilenas.

Año tras año este hecho de armas sirve de crisol y de guía en la ceremonia de juramento a la bandera nacional, a la juventud militar que integran las filas del Ejército, Armada, Fuerza Aérea y Carabineros. Los nombres de Ignacio Carrera Pinto, Luis Cruz Martínez, Arturo Pérez Canto y Julio Montt Salamanca quedaron en la memoria de su pueblo, y sus corazones reposan en la Catedral de Santiago. Su fuerte impronta impregna el espíritu de cada uno de los juramentados y los compromete a cumplir con la norma sagrada de triunfar o bien morir, pero nunca rendirse.



...el 9 de julio se celebra el Juramento a la Bandera en todo Chile?

El 9 y 10 de julio de 1882 se produjo el combate entre 77 chilenos y cerca de 2000 peruanos en el poblado de La Concepción en la sierra peruana.

Los héroes del regimiento Chacabuco, comandados por el Capitán Ignacio Carrera Pinto, perecieron en su totalidad, y cuando sus restos fueron encontrados por el coronel Estanislao del Canto, la bandera chilena aún seguía ondeando en su lugar.

Esta enseña se exhibe actualmente en la Escuela Militar.



CAMPAÑA DE LORD COCHRANE (PARTE 2)

Jorge Ubilla Zúñiga

Director del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera

* Continuación del artículo de la Nueva Aurora de Chile N° 61

El Almirante en su arduo trabajo, se puede decir que evitó el aborto de la expedición al Perú, obteniendo del comercio inglés de Valparaíso un último empréstito, cuando en las arcas fiscales ya no había un real, e indujo a la marinería extranjera a enrolarse nuevamente cuando ésta estaba desertando. Ni Zenteno ni San Martín ni el propio O'Higgins habían podido resolver estas dificultades, hallábanse perplejos. Lord Cochrane salvó la expedición al Perú.

Expedición libertadora del Perú

La escuadra terminó sus preparativos y se fijó fecha de su salida para el día 20 de Agosto de 1820, el espectáculo quedó grabado para siempre en la historia. El Ejército Libertador tardó tres días en embarcarse, lo formaban mil novecientos ochenta y un chilenos y dos mil ochocientos dieciocho argentinos, bajo la jefatura

del general don José de San Martín. Llevaba su equipo completo, incluidos centenares de caballos, veintinueve cañones, vestuario para seis mil reclutas peruanos y fusiles para armar a diez mil.

Thomas Cochrane trepado a la cofa de su nave, anteojos en mano, observaba el convoy que lo seguía, llenando el mar con sus velas y banderas.

La vanguardia la componían su fragata O'Higgins, el bergantín Galvarino y el navío Lautaro.

La primera línea del centro la formaban los transportes de tropas: el Mackenna, el Potrillo, la Golondrina, la Peruana, la Jerezana, la Perla, el Aguila, la Santa Rosa, la Emprendedora, la Consecuencia, la Gaditana y la Dolores.

La segunda línea era la de los transportes de material: Minerva, Libertad, Argentina, Hércules, Nancy y Zaragoza, protegidos por la goleta Motezuma y el bergantín Araucano.

La retaguardia la integraban el navío San Martín, 11 cañoneras y la fragata Independencia.

Los fuertes de Valparaíso tronaban en sus salvas de despedida y de estímulo, mientras la muchedumbre agitaba millares de pañuelos desde la playa y los cerros.

La escuadra llegó a Coquimbo, donde nuevas tropas se embarcaron, y siguió sin contratiempo hacia el norte. La sola noticia de su aproximación ponía en desconcierto a los dignatarios de Lima y encendía el entusias-

mo de las poblaciones nativas. Toda la costa se puso en alarma: los habitantes españoles se retiraban al interior con sus valores y ganados, y aun las pequeñas guarniciones buscaban escondites.

El plan estratégico que Cochrane había concebido se basaba en desembarcar el ejército expedicionario en Chilca, el lugar más apropiado y próximo a Lima, para apoderarse posteriormente de la capital del virreinato. Estimaba que esta fuerza de más de 4.000 hombres, sumado a ello las guarniciones de soldados de mar y

más los propios peruanos que se unirían a este ejército, era suficiente para derrotar las tropas del virrey. Convencido, además, que una acción dilatoria terminaría con la sorpresa en la decisión y para él, como Comandante en Jefe de la Escuadra, el permanecer en una estadía prolongada, afectaba el espíritu y minaba la capacidad combativa de sus hombres.

San Martín, por su parte, tenía una concepción estratégica distinta, más conservadora y cauta de como vencer al virrey, su idea era desembarcar en el sur del Perú y llevar adelante una campaña de convencimiento y sublevación del pueblo peruano, de manera de llegar a Lima con el respaldo del pueblo, y en lo posible con el mínimo de enfrentamiento. San Martín no estuvo de acuerdo en desembarcar en las cercanías de Lima y fijó el desembarco al sur de Pisco.

El ejército permaneció en Pisco un mes y medio com-



Captura de la Esmeralda.

pletamente inactivo. La escuadra tenía que mantenerse en el puerto para proteger los transportes, de modo que también perdió cincuenta días en el ocio. Al final el general cedió a las instancias del Lord, y volvió a embarcarse con sus hombres, armamento y animales.

La expedición se dirigió al norte, y el 28 de octubre se halló delante del Callao. Su Señoría pensó que San Martín se iba a decidir por un ataque a esta plaza, para lo cual tenía fuerzas de sobra...Pero, ante la sorpresa de todos y la sorda indignación de Cochrane, pidió a éste tres de sus buques de línea para escoltar los transportes, pues que el ejército seguía a Ancón. La última oportunidad de asaltar el Callao se desvanecía. El almirante se desprendió de las unidades que se le pedían y quedó allí con sólo una escuadrilla: la O'Higgins, la Independencia y el Lautaro. No quiso saber nada más de San Martín, que en el hecho era su superior, y empezó a despreciarlo con toda su alma.

Cochrane volvió a bloquear por tercera vez el puerto del Callao e ideó nuevas formas de atacar los fuertes y a la escuadra española.

Captura de la Fragata Esmeralda

En el Callao se encontraba la fragata Esmeralda, de 950 toneladas y 44 piezas de artillería en sus dos cubiertas. Se encontraba protegida por los fuertes de tierra y una cantidad apreciable de embarcaciones menores, lanchas armadas, cercos flotantes y bergantines de guerra. Cochrane decidió tomarse la fragata y otros buques más, en un golpe temerario y sorpresivo. Se planificó tomarla de noche entrando en la bahía en botes y lanchas tripuladas por personal de soldados de mar y marinería. Todos irían con uniforme blanco armados con pistolas, sables, cuchillos y machetes. El santo y seña sería el vocablo Gloria y Victoria.

Cochrane para esta operación solicitó voluntarios y reunió 240 hombres entre marineros y soldados de mar. Sus instrucciones fueron: "Los botes y chalupas avanzarán en dos líneas, paralelas y separadas una de otra de tres botes de largo". El 5 de noviembre en la tarde hizo circular entre los participantes una pequeña proclama que decía en parte: "Soldados de marina y marineros. Esta noche vamos a dar un golpe mortal al enemigo;

mañana os presentareis con orgullo frente a El Callao y todos vuestros compañeros os verán con envidia"

Sin ninguna posibilidad de ser apoyados por los buques que ya se encontraban fuera de la bahía. Bajaron a los botes que esperaban al costado, y organizándose en dos divisiones de siete embarcaciones cada una, partieron siguiendo al almirante, que abría la marcha agazapado a la proa de su lancha. El grupo de asalto se dirigió silenciosamente entre los fuertes de El Callao y las embarcaciones que estaban próximas a la fragata española. Iban a ciegas, olfateando los obstáculos; pero a la distancia brillaba una luz que indicaba el objetivo; era el farol de trinquete de la Esmeralda, suspendido sobre el buque invisible. Eran las doce en punto de la noche. Los botes entraron por la abertura que a un lado tenía la barrera y se fueron en línea recta hacia su presa. La Esmeralda surgía de entre las tinieblas con la majestad de un barco de leyenda.

Los botes rodearon el buque. Cochrane y Crosbie treparon por el costado de estribor y Guise por el de babor seguido por marineros y soldados de mar que en un instante invadieron la cubierta enemiga. Cuando Cochrane subía por el portalón de estribor un centinela lo golpeó con la culata de su fusil lanzándolo sobre un bote, el almirante se recuperó y disparó sobre el vigilante, en seguida disparó sobre el otro centinela, luego asomándose a la borda, arengó a los hombres que subían por la jarcias y portas. "Arriba muchachos la fragata es nuestra".

La tripulación del buque salió a cubierta para refugiarse en el castillo. El combate cuerpo a cuerpo empleando todas las armas de asalto que portaban, terminaron por derrotar a los oponentes quienes no tuvieron otro camino que la rendición. Los marineros chilenos se tomaron las cofas y desde ahí barrían con los defensores que trataban de recuperar la cubierta principal. Los fuertes del puerto abrieron el fuego en medio de la confusión, adhiriéndose la artillería de los otros buques y lanchas cañoneras. Pasado 17 minutos, la cubierta del buque presentaba decenas de muertos y heridos, el castillo de la fragata cayó ante la embestida de un puñado de marineros guiados por el almirante. Los sobrevivientes se protegieron en los entrepuentes, otros se lanzaron al agua y el resto cayó prisionero. El comandante Guise, al

ver al almirante herido y aprovechando una ligera brisa favorable, se apresuró en sacar el buque. A la una de la madrugada, la Esmeralda salía lentamente del puerto con bandera chilena. Remolcaba dos lanchas cañoneras que habían sido conquistadas junto con ella. Las embarcaciones enemigas no osaron molestarla. La población del Callao veía desde la playa alejarse sus luces de navegación rojo y verde y pensaba que la Marina realista estaba definitivamente vencida.

Lord Cochrane con sincera admiración escribiría más tarde:

Valor como el que demostraron nuestros hombres, nunca lo había visto. Y no hay tripulación de navío de línea inglés que pueda cumplir órdenes con mayor exactitud.

Al amanecer del día 6 de noviembre de 1820, la Esmeralda lanzaba el ancla en el fondeadero habitual de los buques bloqueadores y se reunía posteriormente con el resto de los buques de Cochrane. El golpe de los marinos patriotas había sido decisivo. La moral de los sostenedores del virreinato se deshizo por completo. El virrey ya no se opuso al canje de prisioneros y Cochrane obtuvo la libertad de todos los chilenos que estaban en los calabozos del Perú.

Una vez efectuadas sus reparaciones de aparejos y vela, Cochrane zarpó con la Esmeralda y la O'Higgins hacia Ancón. En ese lugar fue recibido con grandes demostraciones de admiración por parte de las tropas chilenas. San Martín quiso bautizar a la Esmeralda con el nombre de Cochrane, pero este no aceptó y la denominó Valdivia, en recuerdo a la toma de esa ciudad.

Conquista del Sur del Perú

El mismo día que Cochrane fondeaba en Ancón se tuvo conocimiento que los patriotas de Guayaquil habían declarado la independencia, desprendiéndose así esta provincia del virreinato. Cochrane le sugiere a San Martín que es el momento de llevar las tropas al sur y tomarse Lima, pero una vez más el general no estuvo de acuerdo y ordenó embarcar el ejército y trasladarse más al norte al valle de Huara desembarcando las tropas en Huacho.

La Lautaro y el Galvarino permanecieron en Huacho protegiendo los transportes y se dejó al San Martín y la Independencia sosteniendo el bloqueo de El Callao. Cochrane con la O'Higgins y la Valdivia salió en persecución de dos fragatas realistas, la Prueba y la Venganza. Regresó después de un mes sin resultados positivos.

El 21 de diciembre se preparaba a efectuar un ataque al Callao y algunos oficiales ingleses de la Valdivia, cuyo comandante era Guise iniciaron un movimiento de insurrección. Cochrane formó un consejo de guerra, cuya sanción determinó expulsar a algunos oficiales de la Escuadra y otros redestinarlos bajo arresto. Cuando ordenó el ataque al Callao, Guise renunció al mando, cayendo interinamente en el teniente Shepherd. Lo mismo sucedió en el Galvarino con su comandante Spry, amigo de Guise, quien se negó a cumplir un patrullaje. Un consejo de guerra lo degradó en su calidad de capitán, siendo relevado del mando.

Lo más ingrato para Cochrane fue la falta de compromiso de San Martín, quien lejos de apoyar al almirante en sus decisiones, le dio apoyo y recibió a los oficiales insubordinados. Esto hizo fracasar el acto más importante planificado por Cochrane como era el asalto y captura del puerto de El Callao.

El 13 de marzo de 1821, Cochrane fue enviado a Pisco con 500 hombres para desembarcar y tomarse el pueblo, dejando en El Callao a la Independencia, Galvarino y Araucano. El desembarco en Pisco fue sin resistencia, dejando la Valdivia y la O'Higgins en Pisco, Cochrane regresó con el San Martín a El Callao. Posteriormente con el San Martín y llevando al Comandante Guillermo Miller y 250 hombre zarpó el 21 de abril al sur, al puerto de Arica. El 4 de mayo fondeaba frente al Morro, donde inició el bombardeo de las fortificaciones, la marejada no permitió que los cañones tuvieran precisión y optó por tomarse el pueblo. Zarpó y desembarco a las fuerzas de Miller en el río Sama.

Las tropas de Miller se internaron en el desierto separándose en dos columnas, la primera a cargo del propio Miller se dirigió a Tacna y fueron recibidos con júbilo por la población y la otra al mando del mayor Soler se dirigió a Arica por el camino de la costa.

Soler se tomó Arica sin resistencia que era un importante puerto minero y comercial ya que por sus instalaciones ingresaban las mercaderías a los poblados interiores; Arequipa, Puno, Potosí y Oruro. Miller, después de Tacna continuó a Moquegua. Cochrane volvió a Arica con el San Martín y ante una ciudad sin defensas capturó tres bergantines y una goleta y se dirigió a Ilo en donde se reunió con Miller. Gran parte del sur del Perú había caído en manos de las tropas chilenas.

Últimas Operaciones de La Escuadra

El bloqueo impuesto hace meses por la Escuadra Nacional tenía a Lima en una situación insostenible de salubridad y descontento, ante lo cual el virrey La Serna se decide el 6 de Julio de 1821 a abandonar Lima. El 12 las tropas del Ejército Libertador entraban a Lima y de iniciaba el asedio de El Callao.

Cochrane dispuso que el 24 de Julio el comandante Crosbie con la O'Higgins incursionara dentro de El Callao. Se ingresó al puerto con ocho botes tripulados con marinería y soldados de mar, entre las defensas de balsas y cadenas y el fuego de los cañones de los fuertes que protegían el interior, se capturó a las fragatas Resolución, San Fernando y Milagro, armadas con 34 cañones. Estas naves fueron sacadas del puerto quedando a disposición de la Escuadra. La Corbeta Sebastiana que se encontraba entre las capturadas fue hundida por su propia tripulación. Esta acción fue la última de Cochrane con la Escuadra en beneficio de la liberación del Perú.

Los desencuentros del almirante con San Martín y posteriormente una aclaración del Ministro de Guerra y de Marina, Ignacio Zenteno, quién el 2 de mayo de 1821 le transmitió a Cochrane que cuando el ejército no necesitare los barcos de la Escuadra para desarrollar sus operaciones, él podía operar en forma independiente en beneficio del Gobierno de Chile, permitió que Cochrane se sintiera desligado de la autoridad de San Martín, quien ya ocupaba Lima.

Cuando San Martín se declara Protector del Perú, Cochrane le reprocha esa decisión, que desvirtuaba el sentido del envío de la Expedición Libertadora.

San Martín se mostraba indiferente con el futuro y suerte de la Escuadra de Chile, expresó que no pagaría a las tripulaciones de los buques ya que Chile mantenía una deuda derivada de la organización del Ejército de Los Andes en 1817, y que para reparar tal deuda quería que se vendieran los buques de la Escuadra a la nascente escuadra del Perú. San Martín se alejaba de Chile y las tropas ya no marchaban detrás de la bandera chilena, el general había creado la bandera del Perú. Cochrane se debía al gobierno de Chile y la bandera nuestra nunca dejó de flamear en los mástiles de los buques.

Después de la capitulación de El Callao el 25 de septiembre de 1821, San Martín trato de captar oficiales y marinería de la Escuadra Nacional para integrarlos a la nueva marina del Perú. Cochrane se opuso a estas maniobras, y San Martín el 5 de octubre de 1821 le ordena abandonar las costas del Perú. El almirante hace caso omiso de esta insólita orden y reorganiza su fuerza naval que queda conformada por las fragatas O'Higgins, Valdivia, Lautaro, la corbeta Independencia y los bergantines Araucano y Galvarino.

Posteriormente hasta abril de 1822, trato de dar caza a las fragatas Venganza y Prueba por la costa del Perú hasta el golfo de Fonseca, no pudiendo. Al mando de Wilkinson se había enviado la Independencia y el Araucano al mando de Simpson, al golfo de California en busca de víveres y de captura de naves realistas. Wilkinson después de algunas acciones en favor de los criollos e indígenas del lugar logró que las autoridades declararan la independencia de California.

El 10 de Mayo de 1822 Cochrane dejaba el Perú, habiendo conseguido en su misión la rendición de fragatas, una cantidad de bergantines y goletas, además de buques mercantes y conseguir la caída del sur del Perú con sus tropas de desembarco. Recalaba en Valparaíso el 13 de Junio donde la población del puerto lo recibió con halagos, entusiasmo y agradecimiento.

Meses después el 23 de enero de 1823, Thomas Cochrane arriaba su insignia como Comandante en Jefe de la Escuadra.

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO

27 de mayo: Día del Patrimonio en Museo Histórico Militar. Invitada por el director don Antonio Yacchich asistió la presidenta honoraria señora Ana María Ried acompañada de los Húsares Joaquín y Agustina Soza.

30 de mayo: Visita al Colegio Hermanos Carrera de Rancagua de la presidenta honoraria Ana María Ried, quien les dio una charla sobre Carrera y la independencia.



En la ocasión se donó un cuadro del prócer y el músico y socio Claudio Gajardo presentó sus "Décimas a José Miguel Carrera".



13 de junio: Natalicio del piloto héroe de la aviación civil peruana Jorge Chávez Dartnell. Esta ceremonia organizada por el Instituto de Investigaciones Aeronáuticas contó con la presencia del embajador de Perú en Chile don Jaime Pomareda. Asistió en representación de nuestro Instituto la presidenta honoraria.

15 de junio: Charla "Ideas políticas de José Miguel Carrera". Charla online dictada por la presidenta honoraria señora Ana María Ried invitada por El Dato Freak.